

Patrimonio arqueológico subacuático y sociedad: ¿ojos que no ven, corazón que no siente?

José Manuel Matés Luque | arqueólogo

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5889>

La respuesta rápida a la pregunta del debate sobre si se deben abrir los yacimientos arqueológicos subacuáticos para su visita es **sí**. Si queremos que la sociedad entienda el trabajo arqueológico no se puede negar el acceso a restos patrimoniales sumergidos. Además, es esta sociedad la que de un modo u otro financia con sus impuestos los trabajos arqueológicos.

Normalmente, la gente piensa en arqueología subacuática y visualiza el típico galeón cargado de oro, monedas y joyas que ha de ser rescatado y que el que lo encuentra primero se lo lleva.

Este es un problema que en arqueología todavía se arrastra: pensar que la arqueología subacuática son solamente barcos sumergidos. Todos sabemos que es mucho más: paisajes, asentamientos y puertos subacuáticos, fondeaderos, restos abandonados o arrojados... porque, seamos honestos, la sociedad ve trirremes, naos y galeones al hablar de arqueología subacuática. Es raro que, salvo el *Titanic*, se piense en embarcaciones más recientes, de metal, submarinos o aeronaves como elementos de arqueología subacuática.

En España el acceso a los yacimientos sumergidos no es nuevo, pero quizás no ha cuajado lo suficiente como sí ha sucedido en otros países, sobre todo anglosajones; experiencias del Centro de Arqueología Subacuática de Cataluña buceando en el puerto de Ampurias o las más recientes en el pecio *Bou Ferrer* son magníficos ejemplos de que la concienciación y la divulgación han de ir de la mano de las actuaciones de arqueología subacuática que los profesionales realizan para conocer unos restos de una manera más detallada y poder devolver ese conocimiento a la sociedad.

Desde hace mucho, en tierra, se hacen visitas a yacimientos, se construyen centros de interpretación y se ponen en valor; es una práctica habitual. ¿Por qué no hacer lo mismo con el patrimonio sumergido?

El problema radica en el abuso por parte de ciertos colectivos que se sentían “privilegiados” porque sabían bucear, de manera que era un patrimonio que no estaba al alcance de todos. Además, existía en torno a este patrimonio una percepción vinculada a cierto “espíritu de aventura” y “búsqueda del tesoro” fomentado por la cultura cinematográfica. Ideas que han conducido al expolio de este patrimonio a lo largo del tiempo, tanto en tierra como en mar, por una parte de la sociedad, que considera que el “tesoro” es para el que se lo encuentra; proceso a veces acompañado de un cierto “mirar para otro lado” por autoridades sin formación ni conocimiento.

Si queremos transmitir que este patrimonio cultural es de todos, con responsabilidad en su defensa y protección, debemos dar a la sociedad acceso al mismo; de otro modo, tendremos una sociedad desconocedora del alcance y sentido de la arqueología subacuática y percibirán a sus profesionales como una especie de “privilegiados”; de esta manera, no esperemos contar con el respaldo social cuando sea necesario.

Aunque implementar políticas que fomenten el acceso a este patrimonio no es tan fácil como parece; estamos viendo los desequilibrios del turismo masificado que arrasa ciudades, pueblos “pintorescos” y espacios naturales; si no se regula correctamente este turismo, acabará por destruir estos espacios para siempre. Lo mismo puede ocurrir con el patrimonio sumergido; hay que buscar políticas en las que se equilibren las necesidades de

a debate ¿Se deben abrir los yacimientos arqueológicos subacuáticos para su visita?

| coordina Filipe Castro



Ancla de Elantxobe¹ durante el proceso de recuperación en 2021 tras su documentación *in situ* | foto José Manuel Matés Luque

divulgación social con las de protección e investigación. Y no solo para documentar mejor, sino también para conocer las amenazas físico-químicas existentes sobre este patrimonio. Es un ciclo que se retroalimenta. Todos tenemos algo que decir: las autoridades competentes en cultura, agentes implicados en el mundo submarino y el resto de la sociedad. Pero cada uno debe saber dónde está su lugar.

No hay que “reinventar” la rueda. Las asociaciones ecologistas llevan muchos más años transmitiendo a la sociedad la presión humana sobre el medio natural. El mensaje ha calado. El último cuarto del siglo XX divulgadores como Jacques-Yves Cousteau, David Bellamy, David Attenborough o Félix Rodríguez de la Fuente supe-

ron mostrar ese mundo en peligro. Hoy día aún se siguen emitiendo documentales a diario sobre paisajes naturales y animales, pero cuesta encontrarlos sobre arqueología subacuática.

Los países anglosajones llevan tiempo involucrando a la sociedad para que se den cuenta de que este patrimonio sumergido es también suyo. Iniciativas en el Reino Unido como “Adopta un pecio” e incluso “amnistías” para que aquellos buceadores que tienen “recuerdos” de sus inmersiones las devuelvan y faciliten la información han tenido mucho éxito. Igualmente, los “Itinerarios subacuáticos” de Florida, Australia y Reino Unido en yacimientos muy significativos siguen teniendo una gran aceptación por parte de buceadores recreativos. Por supuesto, no

se trata de bucear sin más; hay que formarles, instruirles y pedir su colaboración en la documentación regular de los yacimientos; esto permite que clubs de buceo recreativo, bajo asesoramiento y apoyo de arqueólogos profesionales, se encarguen de la custodia y monitorización de yacimientos sumergidos. Esto crea riqueza de conocimiento.

Además, crea conciencia y también riqueza económica en la zona si se gestiona correctamente. Siempre que no se genere “un estrés turístico” innecesario al yacimiento sumergido, estos buceadores son los ojos habituales en el agua que la administración no posee; los buceadores podrían facilitar información sobre el proceso de estabilización y alteraciones de los yacimientos para que la administración regule mecanismos con los que poder intervenirlos en caso de estar en peligro y/o recabar información adicional que ayude a la investigación y a las visitas.

Surge la pregunta de ¿qué pasa con la población que no sabe bucear? Hoy día, las cámaras digitales de buceo tienen precios muy asequibles; estas han ayudado mucho a realizar infinidad de fotos y difundirlas inmediatamente en RRSS; los avances en tecnología digital (fotogrametría y la realidad virtual) permiten hacer modelos tremendamente ilustrativos, fácilmente aceptados por el público. Existen muchos enlaces de museos y aplicaciones móviles que permiten “bucear virtualmente” en los yacimientos subacuáticos. La inteligencia artificial, tan de moda últimamente, a futuro va a poder recrear los restos sumergidos si cuentan con buenos estudios arqueológicos para hacerlos fácilmente accesibles a un público que no puede sumergirse.

En resumen, no hay que inventar la rueda; lo que hay que hacer es “copiar y adaptar” modelos exitosos de otros lugares y disciplinas, y ver si esa fórmula sirve para otro yacimiento; si no sirve, hay que ser capaz de adaptarlo hasta encontrar la fórmula que sí encaja. Así, el patrimonio subacuático será accesible.

NOTAS

1. El buceador Raúl Rodríguez encontró el ancla y notificó a diversas autoridades el hallazgo, primero a la dirección del Itsasmuseum Bilbao y luego al Servicio de Patrimonio Cultural de la Diputación Foral de Bizkaia. Gracias a su sensibilidad, se puso en marcha la documentación y recuperación del ancla. Raúl Rodríguez y Julián López Orduña, ambos del Centro de buceo Bou Nabarra de Elantxobe, junto con otros miembros del club tales como Verónica Cuadra Bastida y Olatz Aguirregabiria Moro, así como el por aquel entonces alcalde de Elantxobe Patxi Egurrola Goigana, junto con el arqueólogo designado por la Diputación Foral recuperaron el ancla que se depositó en el Arkeologi Museoa de Bilbao.